



Las Ciencias Sociales: una búsqueda de sentido

El caso de Colombia en Latinoamérica

Sebastián Londoño Camacho

Antropólogo, Universidad de los Andes. Candidato a Maestría en Antropología Social, Universidad de los Andes.

ABSTRACT

This paper explores some of the characteristics of research in Social Sciences -specifically in Colombia, emphasizing on the methodologies brought from European academies with traditions and history different from the local ones, which are applied to the analyses of our social problems. The generation of particular epistemologies for the foundation of science is discussed within the specific geo-political and sociological framework of the Latin American region, and an integration of efforts is proposed in order to establish adequate parameters of anthropological and sociological analysis of local cultural and social phenomena, in order to satisfy research needs from points of view which observe the particularity of the context and of the relations that have historically been outlined in Latin America.

Key words: *Epistemology, methodology, Social Sciences, academy, Latin America, history*

RESUMEN

El ensayo explora algunas de las características de la investigación en Ciencias Sociales en Latinoamérica -y en Colombia específicamente-, con especial énfasis en las metodologías traídas de academias europeas con tradiciones e historia distintas a la local, que se toman para aplicar a los análisis de nuestras problemáticas sociales. La generación de unas epistemologías particulares para la fundación de la ciencia se discute dentro del marco geopolítico y sociológico específico de la región latinoamericana, y se propone una integración de esfuerzos para establecer los parámetros adecuados de análisis antropológico y sociológico de fenómenos culturales y sociales locales, a fin de satisfacer las necesidades de investigación desde puntos de vista que advierten la particularidad del contexto y de las relaciones que históricamente se han trazado en América Latina.

Palabras clave: *epistemología, metodología, Ciencias Sociales, academia, América Latina, historia..*

Colombia, al estar inserta en la trama de problemas que trae una economía inestable y en constante camino del mal soñado desarrollo, se encuentra en un punto crucial en cuanto a su proyecto académico. Las formas en las que el conocimiento se proyecta y se desliga de las raíces que lo producen, tratando con cada vez mayor vehemencia de incrustarse en las dinámicas académicas del mundo intelectual e intentando, a su vez, promover su universalización, están equivocadas para muchos países latinoamericanos, y Colombia no es la excepción. Las academias han tratado, desde que fundaron las primeras facultades de ciencias sociales en los 60 y 70, de abordar los problemas latinoamericanos y locales desde puntos de vista importados y traídos de centros de producción mundial de conocimiento y teoría que marcan la pauta para la investigación. El problema radica en que dichos modelos, creados en contextos diferentes, se asientan sobre economías en crecimiento, que han surgido de situaciones históricas particulares y se han moldeado a partir de la exploración de poblaciones muy distintas a la latinoamericana, como en el caso de las investigaciones de Bronislaw Malinowski, Franz Boas, Radcliffe-Brown y otros muchos que, en diferentes circunstancias, se vieron enfrentados a culturas ajenas a las suyas y que, en varios sentidos, propusieron formas de análisis adecuadas para crear homografías autónomas. La idea del funcionalismo, por ejemplo, era muy atractiva, pues parecía abrir la posibilidad de responder a muchos interrogantes que se planteaban sobre la variabilidad cultural desde la antropología, posicionada de nuevo en el rango de "ciencia social", después del embate que había sufrido del particularismo histórico boasiano y los enfoques culturalistas

americanos¹, cuando se estaba desistiendo de la posibilidad de crear unas leyes sociales con posibilidades de reproducción de las condiciones y los resultados. Radcliffe-Brown plantea un método en el cual el etnógrafo debe observar ya no si las sociedades tienen partes o no (pues se parte del teorema de que esto es cierto), sino qué partes la componen, cómo interactúan unas con otras, cuáles tienen mayor influencia para la totalidad, de qué tipo son y cuánto duran.

Los seguidores de Radcliffe-Brown, y entre ellos Meyer Fortes como el más destacado, veían a la sociedad como una organización estática y permanente, por lo que no había que hacer alusión a la historia para su comprensión. El modelo, al eliminar la historia (muchas veces confusa o imposible de conseguir, pues se trataba de sociedades ágrafas), soluciona el problema. De hacerse un estudio sincrónico, solo se verían las características de dicho momento y sería imposible ver las condiciones del cambio y la inestabilidad, porque aparentemente la sociedad estaría en equilibrio. Solo en lapsos adecuados se puede comprender el funcionamiento del ciclo y el desplazamiento entre un cambio y otro como una condición normal de la sociedad. Los cambios ocurren mediante la manipulación de las condiciones y, aunque ellas siempre están allí, solo en determinados momentos comienzan a actuar y a transformarse. Perderse de esos momentos significa perderse de una pieza fundamental que caracteriza a esta sociedad.

1 Estos enfoques hablaban de las condiciones únicas a las que estaban sometidas las culturas en cada entorno, a sus desarrollos autónomos diferentes de las demás y a su imposibilidad de commensurarlas. Se podía escribir una historiografía de cada una de las sociedades, pero la idea de generar unas leyes que se pudieran aplicar a la totalidad de las sociedades estaba descartada. Radcliffe-Brown introduce esta posibilidad de nuevo cuando plantea las ideas que lleva a la práctica en el funcionalismo estructural.

Hacer estudios de este tipo en sociedades ya estudiadas demostraría seguramente que ha habido cambios fundamentales en sus estructuras. De hecho, cada vez que un antropólogo se encuentra donde otro antes estuvo descubre elementos nuevos y rechaza teorías anteriores, que simplificaban cuestiones importantes, o descubre elementos que no había notado el predecesor. Esto está lejos de ser un problema del investigador como tal. No se quiere decir que el primero se equivocó en algunas de sus apreciaciones, o que estuvo cegado por metodologías miopes; más allá de esto, los observadores se enfocan en un momento específico de una sociedad, y en él las condiciones eran las que describió y analizó. Cuando el segundo y los que le siguen hacen sus propios estudios, así sea con metodologías distintas, observan otros momentos de la sociedad. No porque descubran elementos o instituciones nuevas se puede validar como cierta una metodología o elevar un paradigma sobre otro. Hay que tener conciencia de que los momentos etnográficos en los que se halla cada uno de los investigadores son diferentes y de que, durante el lapso en que la sociedad permaneció fuera del campo de observación, siguió su desarrollo, continuó con sus formas de adaptación y mantuvo sus estrategias de cambio. Si tomamos como cierta la afirmación de que las sociedades están en un estado permanente de cambio y de inestabilidad, entonces lo que hay que generar es una metodología que dé cuenta de los procesos y no de los momentos de un grupo. Que estén o no en contacto con otros grupos o cuáles sean sus estrategias de manejo del cambio depende del etnógrafo y su habilidad para descubrirlas, pero no es posible intentar entender la totalidad de una sociedad par-

tiendo de observaciones ancladas en un solo momento y con ello pretender descubrir verdades. Si se logran identificar las lógicas bajo las cuales funcionan los procesos, tal vez sea más factible identificar e, incluso, predecir qué configuraciones tendrá una sociedad en un determinado momento y ante una circunstancia dada; de lo contrario, no será más que etnografía descriptiva simple la que se hará y sus datos servirán solo para el deleite de eruditos o curiosos.

Academias locales y academias mundiales

Las academias del Primer Mundo, desde su fundación en el siglo XIX (y por ello ya tienen una ventaja), han tratado de envolver la problemática mundial en su discurso y en su producción intelectual, generando las metodologías y los sistemas de conocimiento básicos en las investigaciones que realizan tanto ellas, como las academias del resto del mundo.

La obsolescencia se ha convertido en un problema de dimensiones oníricas para los intelectuales locales. Todos sueñan con poder ser escuchados, traídos a colación y citados en textos de difusión internacional, que se lean en varios idiomas, pero principalmente en inglés, por ser el de mayor difusión. Mas la pregunta por el acceso a la problemática real local, que bien puede estar muy lejos de ser analizada a fondo por estar velada o mal ubicada intelectualmente, queda sin respuesta. El objeto de las ciencias sociales no puede ser otro que el de acercarse a las dinámicas sociales y culturales desde una perspectiva adecuada para resolver cuestionamientos y problemas enfocados en puntos críticos de la historia. Pero la historia tiene la característi-

ca de ser particular y privada, de no repetirse ni ser fácilmente viable en cualquier lugar; entonces, tenemos una coyuntura de difícil disolución por no ser abarcada adecuadamente. Si las historias de cada lugar en el mundo son particulares y el tiempo corre en ellas de acuerdo con las dinámicas que con los años van cambiando, entonces es necesaria una transfiguración de los métodos con que se les acercan las mentes de los intelectuales. La lupa académica, o tiene demasiado aumento, o tiene un brillo que no permite ver de cerca los problemas por ser ajena y extraña al objeto que quiere magnificar.

Gabriel Restrepo afirma que "en nuestro caso, el objeto de reflexión, la sociología en Colombia, no constituye un cuerpo de saberes consolidados en una larga práctica de investigación. Ni la sociología, ni otras ramas del conocimiento científico, sean naturales o sociales, poseen aún en Colombia una tradición sólida... Para ello tendríamos que hablar de valores colectivos que premien la racionalidad, el universalismo y la disciplina, y de instituciones sociales que brinden al talento la oportunidad de dedicar toda la vida a la resolución de algún problema del conocimiento, sin distracciones de orden práctico, no porque lo práctico se desestime, sino porque se partiría de asumir el valor práctico que tienen la teoría y el conocimiento por sí mismos..."². Las ciencias sociales ejercen poca fuerza intelectual en Colombia todavía. De hecho, el presupuesto para la educación que se destina de los fondos de la Nación es mínimo en comparación con países desarrollados, y la situación colombiana apremia a canalizar dichos fondos a cuestiones de mayor impacto social, como la pobreza, la

salud y la guerra. Pretender que se comience una campaña para que los intelectuales vivan de su intelectualidad es todavía una utopía. Las condiciones actuales no están para que en Colombia se pueda acceder a los recursos de la Nación desde las academias y las escuelas. Sin embargo, es posible que se desarrollen alternativas más conscientes de la situación y se permita de ese modo un acceso limitado, pero seguro, a las cuestiones que más interesan en un país como el nuestro. Restrepo tiene razón en cuanto a la falta de una tradición científica, pero la historia nos enseña que, en la medida en que somos partícipes de la cultura, el devenir va dando las pautas para continuar. Si no tenemos "escuelas" es una cuestión que se explica por la forma fragmentada en que llegaron al país las teorías y los desarrollos que se fueron generando en Europa y en los Estados Unidos sobre el conocimiento para que fueran aplicados a situaciones muy lejanas de las que partió su creación.

Los modelos de investigación que se aplican en Colombia para hacer estudios sociológicos tienen una falla fundamental en cuanto a su propuesta. Al ser tomados de academias del Primer Mundo, en donde sí pueden existir intelectuales dedicados a teorizar y a generar conocimiento en el área de las ciencias sociales, los paradigmas que se aplican y las metodologías que se toman como recurso epistemológico no desempeñan su papel de igual modo que lo hacen en sus países de origen. En ellos, la situación es totalmente distinta porque a las academias de ciencias sociales se les da legitimidad y validez, difusión e importancia, situación que no ocurre acá. En Colombia (y en general en Latinoamérica), las ciencias sociales ocupan un tardío lugar de importancia académica. Son

² Restrepo, Gabriel. *Sociología y sociedad en Colombia*. 1980-abril 2002, en prensa.

mucho más prometedores los profesionales dedicados a las áreas de la economía, la ingeniería o la medicina, que aquellos que se preocupan por investigar problemas de coyuntura social, manejo de recursos humanos, dinámicas de participación, historicidad y consumos culturales. Esos intelectuales metidos en el campo pensando en las estructuras sociales bajo las cuales se mueve la gente son personas que solo por amor al conocimiento se dedican con entrega a ello.

El reconocimiento intelectual. Brillo de estrellas

Hay un problema de orgullo que corta como una secante el problema de acceso al mundo intelectual. Los académicos que tienen renombre entre la comunidad local no rebasan la frontera porque sus investigaciones no trascienden internacionalmente, ni sus artículos son traducidos ni son leídos. Creen saber que han hecho una gran contribución al conocimiento mundial, pero no pueden decirlo porque hablamos en una lengua muda. Producir textos leídos se ha convertido en una obsesión que enferma a muchos, no solo porque se crea que si no se leen el mundo perderá ese conocimiento, sino porque no demuestran con ello el énfasis que hacen en su arrogancia intelectual. Los medios de difusión de textos académicos son muy reducidos y la poca actividad literaria en torno a los problemas locales se publica casi toda. Si no hay discusión, crítica y análisis, si no se desechan las producciones medianas por otras de mejores aspiraciones, el resultado será la mediocridad constante.

Es difícil luchar contra el deseo de renombre. Cuando alguien, cualquiera, se dedica a

algo y cree que lo hace bien, espera ser reconocido y convertirse en un modelo, pero si, en contravía con sus aspiraciones, su nombre no abandona una isla amurallada, entonces vendrán frustraciones y deseos irresueltos, que tratará de subsanar achacándole la culpa a la situación que ya nombramos y que no le permite la salida al mundo para convertirse en una estrella luminosa.

El lenguaje importado

Jorge Orlando Melo, en su texto *De la nueva historia a la historia fragmentada*, comenta profusamente muchos textos que se han escrito en los 90 y que, para él, han tenido alguna importancia explicativa de problemas coyunturales de las ciencias sociales. Estoy de acuerdo con Melo cuando dice que no es muy clara la utilización de términos extraídos de un lenguaje en corrientes posmodernas que incluyen a intelectuales atrevidos y personas que se han propuesto modificar el trabajo académico. En palabras suyas, "la historia de orientación posmoderna, bajo sus diferentes y a veces contradictorias encarnaciones... ha empezado a influir el trabajo de investigación que se realiza en el país, lo que se manifiesta al mismo tiempo en una explosión temática y en la adopción de un sistema de conceptos que solo algunos de los usuarios parecen dominar realmente, y que en muchos parece ser todavía una simple moda, que se expresa en la utilización retórica y a manera de jerga de una sintaxis peculiar y de un vocabulario de identidad. Palabras como 'imaginarios', 'espacios', 'constitución del sujeto', 'dispositivos', el uso de la preposición 'desde' y del adverbio 'donde' en construcciones orientadas implícitamente a espacializar todas las relaciones, la invención de términos en los que el prefijo negativo 'des' se reemplaza por el

francés 'de' (deconstruir, develar), son algunas de las marcas lingüísticas de esta orientación"³.

Esta larga cita pretende hacer notar la magnificencia que ha adquirido el uso de cierto lenguaje académico internacional, por cuestiones de moda o uso común, en la producción local de conocimiento, lenguaje que, para el caso de nosotros, intelectuales colombianos, es totalmente inservible. No digo con esto que no se pueda fragmentar y discutir. Si es necesaria la aplicación de una lógica propia para desarmar los conceptos y moldearlos a la situación local, se debe asumir de inmediato. No es posible centrar los estudios de dinámicas sociales únicas en contextos abstraídos de lugares completamente diferentes al nuestro. Si surgen términos novedosos que permiten análisis de otras situaciones antes invisibles, o si se preparan conceptos nuevos en las academias del mundo, dicha terminología no debe entrar en los análisis sociales locales sin antes haber sido interpretada dentro de nuestro contexto, para que su aplicación esté más conforme con esta situación histórica tan particular.

Posmodernidad, literatura y originalidad

Las corrientes posmodernas de pensamiento han abierto más puertas que las que han cerrado, no solo porque en ellas se presente una pléyade de nuevas oportunidades de estudio, sino porque, además, desde su filosofía interna, permiten la variación, el cambio y el matiz de su aplicación⁴. Latinoamérica es una

región del mundo con características especiales y únicas. No es de extrañar que seamos mejor reconocidos internacionalmente por la producción literaria que por la académica: en el cono sur se produjo con mayor fuerza que en cualquier otra parte el fenómeno de la literatura fantástica y en el Caribe, contando a Colombia, el del realismo mágico, que, aunque parecidos, tienen diferencias fundamentales. El que este tipo de literatura haya sido exitoso obliga a pensar en aquello a lo que remite y que es, precisamente, las situaciones reales del mundo imaginadas en la mente de los que las viven. Las tradiciones, leyendas, mitos y relatos originarios de la América prehispanica sobreviven en la lógica del pensamiento latinoamericano, mientras la gente cree en un folclor atravesado por la religión, el arte, la historia genealógica, los íconos del mundo de las ánimas, etc. Esta característica especial se resalta en dicha producción literaria que, por ser única, tiene revuelo.

Si la literatura ha logrado salir al mundo y la academia ha quedado encerrada, ha sido solamente por su originalidad. El producir un tipo de conocimiento específico, desde dentro, construido en abrazo con las raíces de lo que somos como latinoamericanos, es la verdadera meta. No importa tanto que se lea o no nuestra producción intelectual en otras partes del mundo, sino que sea propia, autónoma, hecha a imagen y semejanza tanto del investigador-sujeto como del investigado-sujeto.

No es necesario un cambio de paradigma mundial para que se permita a una academia articularse de un modo particular dentro de sí misma. No se trata de evocar mitologías ni de convertirse en el Catoblepas que se engu-

3 Melo, Jorge Orlando (1999). "De la nueva historia a la historia fragmentada: la producción histórica colombiana en la última década del siglo", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 36, núms. 50-51, Bogotá, Colombia.

4 A pesar de que Melo critique la posmodernidad, su idea de ella no tiene que ver con el sentido de este ensayo. Melo, cuando habla de ella, se refiere a lo mismo que aquí tratamos, que no es otra cosa que la adopción, casi inmaculada, de las modas y las corrientes más sonadas, pero menos digeridas y apropiadas para aplicar en los contextos locales.

lle a sí mismo infinitamente; lo que apremia es una cuestión de autoconocimiento y reflexión interna. Lo auténtico tiene mayores posibilidades de suceder.

Ética y reciprocidad

Hay una cuestión en torno a la ética profesional que, hasta ahora, he dejado de lado. ¿La práctica antropológica y en general de las ciencias sociales a quién satisface? Esto de la satisfacción no debe ser entendido como la consecución de un placer, sino como logro de objetivos específicos planteados en las investigaciones. La nueva voz que les ha nacido a los que antes se prestaban para hacer estudios culturales como objetos de investigación ha entrado en diálogo con las voces autoritarias anteriores y se han puesto en un nivel que, aunque no académico, sí es equiparable en validez. Su clamor no está previsto como una fuente de conocimiento, pero sí como el intento por dar a conocer lo que ellos saben de sí mismos por sus propios medios intelectuales y hacerlo competir con lo que se sabe desde las academias. Esto solo como un ejemplo de una subversión pacífica, pero inteligente.

Los investigadores colombianos que se toman en serio la práctica antropológica y sociológica, incluyendo la historia, devuelven poco o nada a quienes fueron sus colaboradores durante los estudios y durante la recolección de datos en el campo. Los resultados se discuten en las cofradías de las academias, que no deciden qué camino tomar. Nadie se arriesga a proponer métodos nuevos de investigación por temor a que le sea retirada su silla de los departamentos y se le quite el distintivo que lo hacía parte de la

gran Ella, la academia. Si la comunidad está de acuerdo con que los resultados lleven su nombre, entonces se publica con el sello que la distingue o el nombre de cualquier universidad con apoyo editorial. Si, por el contrario, decide que no es válido el estudio porque no está hecho con los parámetros de investigación que la comunidad promulga, entonces será tiempo perdido y quedará sin publicar un trabajo que, por innovador, termina en el cesto de la basura. Ya dijimos antes que no es posible un diálogo intenso con las academias mundiales cuando aquí se publica de todo y por todos, pero aquí el caso no es de calidad, sino de cualidad. Aquello, bueno o malo, que se publique en las academias, pero que se acoja a los parámetros y estándares internacionales, estará bien. Así, las oportunidades que se les dan a nuevos investigadores que pretenden encontrar caminos nuevos de interpretación de la realidad particular nuestra, son muy pocas, y si solo se les permite la entrada a aquellos que repitan las metodologías y las técnicas de 'sus' maestros, la situación estará en picada corrientemente.

Perspectivas

La academia colombiana debe arriesgarse. Primero, debe despojarse de su anhelo de fama y de su irresponsable sed de reconocimiento transnacional, para que así, con más calma y sin mayores pretensiones, pueda utilizar la inteligencia buscando las formas autóctonas de conocer una realidad particular. Lo que verdaderamente importa no es que unos pocos investigadores colombianos se destaquen en revistas y en publicaciones internacionales de prestigio, sino que los estudios que se realicen correspondan con las situaciones locales en su

forma y que les den sentido práctico a los resultados, con una posible retroalimentación hacia y desde las comunidades estudiadas. Generar una verdadera academia que entre en diálogo consigo misma y con las demás, primero querer publicar internamente series de debates y discusiones y tratar de que los maestros y los intelectuales participen con sus ideas y sugerencias en las investigaciones, dejar libres los caminos de celos que, a veces infantiles, cohiben los avances de estudios que podrían mejorar en su calidad, dada una colaboración entre colegas, pero que quedan reducidos a lo que unos pocos pensaron sobre un tema por temor o vergüenza.

La academia colombiana tiene la oportunidad de destacarse por su autonomía y no por su inserción en modelos internacionales. Hay que hacer un patrimonio intelectual y protegerlo de quienes lo quieran convertir en la excusa para dar el salto al mundo y a la fama. El sociólogo colombiano más importante del siglo XX, Orlando Fals Borda, sin tener amplias pretensiones, se destacó por la originalidad y por la aplicación interna de sus trabajos, pero la investigación-acción participativa se volvió un modo de vida que no tuvo seguidores, paradójicamente, más que internacionales. No es momento, entonces, de hacer visibles las perspectivas que resaltan sobre lo mismo y sobre las condiciones externas de seguridad intelectual y científica. Sí debe haber desarrollos metodológicamente apropiados, y creo, con Bourdieu, que la epistemología de la ciencia debe, entonces, tomar nuevas formas en la medida en que descubre su objeto, sin imponerle metodologías creadas a partir de supuestos o de la historia de la ciencia. El objeto de estudio de las ciencias sociales demanda investigaciones

deductivas que corroboren el camino que hay que seguir en cada paso de las observaciones realizadas por el investigador. Por ello, la epistemología debe suponer un método que logre el rompimiento con el pasado o con las vanguardias, para dedicarse a estudiar un objeto que es cambiante y que tiene particularidades específicas que no se pueden modificar desde los esquemas de análisis y observación. Estos últimos serán el resultado de las especificidades del objeto, de su complejidad y de su naturaleza, y nacerán a partir de la creatividad del investigador para concretarlos por fuera de presupuestos o preconociones que contaminan su mente y sus análisis. Si esa contaminación viene de afuera, hay que erradicarla, pero si es interna, entonces los mecanismos de evaluación deberán ser más rígidos para que no pierdan su validez por nacionalismos pasados de moda o por empatías personales entre colegas que temen atacarse en un campo donde defenderse es siempre más difícil.

La decisión es nuestra y la oportunidad está próxima, porque el mundo ha dado otro giro y ha vuelto su cabeza hacia Latinoamérica como una de las regiones con potenciales creativos más prolífica. Somos los jóvenes investigadores y los nuevos profesionales quienes tenemos la tarea de superar a nuestros antecesores y de dejar lecciones de autonomía y originalidad a nuestros descendientes. Tenemos la tarea de superar las barreras que nos imponen las academias internacionales y de aprovechar las herramientas que han desarrollado para abrir camino a la generación de las nuestras, más significantes, con más sentido y pertinencia a lo local, pero sobre todo, con mucha más sensibilidad a lo nuestro por ser creadas aquí.